



Escenas DEL GANGES

Una película ajena y fascinante

POR ALDANA CHIODI
FOTOS DE CHINO ALBERTONI

“Esos troncos son los más costosos. Son de sándalo, se utilizan para cremar a los difuntos de las familias que pueden pagarlo. Los demás usan maderas de menor calidad”, nos dice Bhadrak, compañero de habitación y guía improvisado de Benarés, en India.

Nos encontramos en Manikarnika, uno de los poblados a lo largo del río más sagrado para los hindúes: el Ganges. Aquí, desde la madrugada hasta la noche, todos los días se realizan ceremonias de cremación en los accesos al agua llamados *ghats*. Este es el más importante del Ganges.

Los hindúes creen en la reencarnación y consideran que el mejor lugar para incinerar a los difuntos es este río. “Si los cuerpos se incineran aquí, las almas tendrán la oportunidad de liberarse de los ciclos de reencarnación y llegar al paraíso llamado nirvana”, continúa Bhadrak, un joven indio de 25 años, alto, flaco y de habla pausada.

Una pila de maderas aguarda para ser usada en Manikarnika, el mayor de los *ghats* funerarios de Benarés.





Sin embargo, según la creencia, no todos los cuerpos se pueden incinerar. Las diferencias sociales en India se perciben en cada esquina y a cada paso, y esta tradición no es la excepción: niños, embarazadas, leprosos, los que murieron por picadura de serpiente y los *sadhus* -monjes que optaron por el camino de la austeridad- son arrojados al río sin cremación alguna.

Nos sentamos a unos metros de las piras funerarias y nos dedicamos solo a observar, luego de guardar nuestras cámaras ante la insistencia de algunos lugareños que nos pedían rupias para fotografiar el lugar. Ya

habrá tiempo para las fotos. Mientras tanto, una enorme fogata ardía a unos pocos metros y comenzamos a escuchar voces que venían de lejos. Eran hombres que cantaban. Sus melodías se oían cada vez más cerca y más fuerte. Recordé haberlos escuchado la tarde anterior, mientras disfrutábamos un *lassi* (una bebida a base de yogur) en un local de las angostas y ajetreadas callejuelas del antiguo centro de la ciudad.

En aquel momento, Ajala, que servía el *lassi* en pequeñas vasijas con una habilidad admirable, nos contó que los cuerpos de los difuntos son llevadas hasta el río por

sus familiares, casi siempre hombres, quienes cantan diferentes alabanzas mientras transportan el cuerpo envuelto en telas blancas y naranjas sobre una camilla de bambú.

Le pregunto a Bhadrak por qué son hombres quienes llevan el cuerpo por las calles de Benarés hasta el río. “Según la tradición, las mujeres son más débiles y van a llorar, a expresar dolor. Y el dolor puede perturbar el recorrido del alma del difunto”, me explica en un inglés que me cuesta un poco entender. Aunque a veces no sé si lo que no comprendo son las palabras o la cultura que me están tratando de explicar.

Los cánticos desaparecieron y los hombres finalmente llegaron a la orilla del río. Bajaron el cuerpo, le quitaron las telas naranjas y lo sumergieron en las aguas del Ganges para purificarlo. En las cercanías, un grupo de personas perteneciente a los *doms*, una casta segregada, preparaba la pira funeraria. Ellos forman parte de los llamados “intocables” y tienen la importante tarea de construir uno de los pilares de su religión: la hoguera sobre la que se quemará el cuerpo.

Antes de depositar al difunto en la pira, este es untado con una especie de manteca

En sentido de las manecillas del reloj: en el *ghat* Manikarnika, los cuerpos se creman para arrojarse al Ganges. Un cuerpo termina de consumirse en el *ghat* de Harischandra. Un *sadhu* realiza una bendición a los pies de las escalinatas del *ghat* de Assi.



Arriba: en el ghat Dashashwamedh, cientos de hinduistas realizan sus abluciones, baños purificadores en los cuales los fieles se sumergen tres veces en las aguas del Ganges. Abajo: mujeres preparan ofrendas sobre el escalón más bajo de uno de los ghats de Benarés.



para después arrojarle flores. El encargado de encender la hoguera es el hijo mayor o algún familiar cercano, con el fuego sagrado proveniente de Shiva, una de las tres deidades más importantes en el hinduismo. El fuego es custodiado día y noche por el *raja dom*, el rey de los *doms*.

Es impresionante ver cómo arden los cuerpos uno tras otro. Cada uno puede demorar entre dos y tres horas ardiendo; sin embargo, algunos no lo hacen por completo, ya que las familias no pueden pagar la cantidad de leña necesaria para lograrlo. Ante la mirada de familiares y extraños, el suelo se llena de cenizas. Hay niños que juegan con ellas como si las tradiciones no les importaran. Junto a ellos, vacas y búfalos se pasean como reyes entre los hindúes. Nosotros, mientras tanto, miramos la escena de una película que nos resulta ajena y extraña, una que nos obliga a replantearnos el concepto mismo de la muerte.

Logro levantarme antes del amanecer. Bajo por las callejuelas de la ciudad hasta los ghats cercanos a Manikarnika. En la orilla esperan los conductores de algunas pequeñas embarcaciones para regatear el precio con los turistas. Navegar a través del Ganges con los primeros rayos de sol es una experiencia inolvidable, debido a los colores y las escenas de la cotidianidad hindú.

Las imágenes transcurren lentamente, al ritmo de la navegación. La atareada vida de la ciudad aparece poco a poco, mientras los rayos del sol tiñen las construcciones de tonos rojizos y las personas comienzan a invadir las escaleras para sumergirse en las aguas cercanas a la orilla. Cada uno realiza su ritual. Casi todos dejan alguna ofrenda, comida, flores, velas. Todos rezan.

La mayoría de las mujeres se sumergen vestidas con sus saris de colores fuertes, se enjuagan con pequeñas vasijas y se vuelcan agua unas a otras. Muchos hombres, por su parte, se desnudan y tapan sus zonas

íntimas con diminutas telas. Con un manejo perfecto, se quitan la ropa y se cubren con harapos, sin que nadie vea más allá de lo que ellos dejan ver.

Para los hindúes es muy importante visitar Benarés y sumergirse en el Ganges por lo menos una vez en la vida. Algunos hasta se lavan los dientes con el agua del río y la beben. Para ellos es sinónimo de purificación, de alegría y esperanza. Hay tanta devoción que no parece importarles que se trate de las aguas de uno de los ríos más contaminados del mundo. Están purificándose.

Luego de un té con masala en la terraza del hostel, decido bajar de nuevo a los ghats. Son casi las seis de la tarde y quiero parti-

cipar de la ceremonia Ganga Aarti, un homenaje a la diosa Ganga, la personificación del río Ganges. Esta ceremonia se lleva a cabo en Dashashwamedh, uno de los ghats más antiguos de la ciudad, hacia donde una multitud se acerca para ocupar los mejores lugares. Todos quieren ver y escuchar las danzas, canciones, plegarias y rezos de los sacerdotes hindúes.

Poco antes de comenzar, cuando el lugar aún no está repleto, veo los candelabros

que serán encendidos, las flores que arrojarán al agua y el incienso que será quemado y acompañará los movimientos de las danzas y los tonos de percusión. Me sorprende con la habilidad de las mujeres que preparan hermosas ofrendas con flores, y también con los precios que intentan cobrarles a los viajeros por dichas creaciones. Miro atentamente cómo un niño intenta depositar sin caerse una vela encendida en las aguas del río y cómo mira, incrédulo, la cantidad de velas que rodean la suya. Todo es parte del espectáculo de luces y flores que decora la orilla.

Me doy cuenta de que queda poco espacio disponible y decido tomar asiento en una de las escalinatas. Algunos se sientan mientras otros suben a las embarcaciones que se acumulan en el río para observar la

Navegar por el Ganges con los primeros rayos de sol es una experiencia inolvidable, debido a los colores y las escenas de la cotidianidad hindú.



Un sadhu medita en su precario refugio. Los sadhus son hindúes que dedican su vida a la austeridad y la penitencia.
PRISCILA BAXTER



ceremonia desde el agua. Los sacerdotes miran hacia el Ganges y entonan plegarias acompañadas de movimientos suaves y circulares. Primero, con las flores y el incienso. Luego, con los candelabros encendidos. Las flores representan la tierra; el río, los elementos líquidos; las velas, el fuego, y el incienso, la mente purificada. De esta manera, los elementos naturales que componen la

ALDANA CHIODI es periodista, profesora de geografía social y viajera de Argentina, autora del libro Magia es viajar. Conoce más sobre sus experiencias alrededor del mundo en magiaenelcamino.com.ar.

creación son ofrecidos a la diosa durante la ceremonia.

De vez en cuando, algunos espectadores se suman a los cánticos, otros a las percusiones y, desde hace un tiempo, también están los que filman todo lo que sucede con los celulares en alto. Cuando el incienso se consume y los cánticos de los sacerdotes se van apagando, las personas comienzan a abandonar el lugar. Es el momento de continuar el camino por el resto de los *ghats*.

Algunos niños juegan criquet en un descanso de la escalinata, una herencia del imperio inglés. Mientras la pelota improvisada



con trapos y telas vuela por los aires, una pequeña tropa de enormes búfalos negros camina hacia el río con paso lento. Junto a ellos, tres hombres lavan ropa y sábanas blancas con abundante jabón y las golpean con fuerza contra unas piedras. Sentados en círculo, unos jóvenes vestidos de blanco comparten en voz alta pasajes de un libro sagrado. Junto a sus madres, algunas niñas pequeñas preparan collares de flores y velas para vender como ofrendas. Los *sadhus* meditan y algunos vagabundos pasan el tiempo con los pies sumergidos en las aguas de la orilla.

Un señor se anima a cortarse el pelo en una peluquería improvisada sobre las calles del *ghat* mientras otro se deja extraer una muela sin anestesia, y por unas pocas rupias, por un hombre que parece saber lo que hace, aunque realmente no inspira mucha confianza.

Así se desarrolla la vida en los *ghats* de Benarés. Entre sus estrechas y atiborradas calles coexisten escenas de vida y muerte, cuestiones terrenales y espirituales. Visitar esta ciudad es sumergirse en la trama de una película ajena y extraña, pero, no por eso, menos fascinante.

En sentido de las manecillas del reloj: ropas y saris se secan al sol en el *ghat* Shivala. Un padre y sus dos hijos descansan tras las abluciones junto a una imagen de Krishna. Las escalinatas de Dashahwamedh, el más colorido y popular de los *ghats* de Benarés.